

EL LOBO DEL CAMINO

Érase una vez un...

¡Un momento! Soy yo quien va a narrar esta historia y por tanto lo haré a mi manera.

Ante todo debo presentarme. Me llamo Lubi y soy un lobo. Sí, un lobo, ¿qué pasa?, ¿es que los lobos no podemos ser protagonistas de cuentos? Claro que después de lo que nos hizo esa víbora de Caperucita... pero mejor dejarlo, que me pongo de muy mal humor...

Llegué de vuelta temporal a mi tierra después de varios años fuera. Y es que a los lobos nos pasa como a muchos humanos: se acaba la comida donde vivimos y tenemos que buscar otros lugares de subsistencia lejos.

Por delante de mi nueva guarida pasaban a menudo todo tipo de animales dirigiéndose a Santiago. Yo, que ya había conocido algunos de esos extraños animales locos por caminar a Santiago, cada vez tenía más ganas de ir también. Y así, un buen día de invierno puse fecha a la partida. Pero claro las ganas no quitan los nervios y el miedo a lo desconocido; y más cuando ese desconocido puede ser uno mismo en la soledad de la naturaleza.

Así, en medio de la duda y el miedo, no pararon de llegar los aullidos de ánimo, de los otros animalitos que habían hecho el famoso Camino. Con lo cual me decidí a partir. Salí un día de principios de diciembre justo antes de que, por un año, una vez más el añorado Camino fuese pasto de los buitres...

Y contra lo que pensaba no salí solo. El primer día me acompañó un amigo: un galgo con quien se demostraba sabiduría de perro viejo en sus constantes enseñanzas.

Dejamos atrás la aldea un soleado día de nieve, mientras subíamos el puerto de A Canda, yo me sentía eufórico como un cachorro. Ese primer día fue intenso y lleno de aprendizaje. También de barro. Me había vuelto lobo urbano y me molestaba que mis patitas se mojasen por el barro. Cuando llegamos a Gudiña, tras un buen aseo, llegó Tea, una perrita trabajadora de amable sonrisa.

Nos pusimos a caminar los tres: Líder, que era el nombre del generoso galgo, Tea y yo. Ese segundo día fue duro, nevaba, hacía frío y el paisaje en algunos momentos era desolador: aldeas enteras de perros de montaña deshabitadas; sólo salía a gritarnos algún humano, a los que por fortuna el palo asusta...

Recuerdo la sencillez de una comida fabulosa en un bar auténtico de Campobecerros y la bella soledad fantasmagórica de Portocamba.

En Laza, tras una bajada impresionante por bosques de áureos castaños, nos esperaba un veterano amigo: un perrazo castizo, con impecable aspecto.

Y tras un merecido descanso en un albergue de fábula, los cuatro iniciamos el siguiente día. A Tea le dolía un poco una pata con lo cual caminamos separados. Las vistas que disfrutamos Callado, que era como se llamaba el perrazo castizo, y yo resultaban inigualables: una vega fértil con jirones serpenteantes de niebla y pueblos repletos de balcones con enormes ristras de maíz dorado a nuestros pies. En una aldea llamada Alberguería nos dio buena hospitalidad un viejo perro pastor en un curioso antro-refugio-bar.

Dejamos de caminar aquel día en Vilar do Barrio. Yo notaba el cansancio de tres días de marcha y me agobí bastante. Tenía ganas de estar solo. Estaba muy sensible y por eso me molestó mucho el mohín de desprecio que hizo el engominado caniche chapero de Zara (¿O era un "perro patada"?...) al pasar a mi lado: esos estirados animalitos no deberían rechazar a los animales pobres, sucios o sin pedigrí: ...va contra lo que son o contra lo que deberían ser. Y sé bien de lo que hablo...

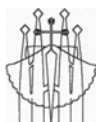
Al día siguiente me levanté agobiado y cansado. Pero las bromas de mis compañeros de camino enseguida me hicieron sentir bien. Tras un duro día de caminar llegamos a Orense. En sólo cuatro días me había acostumbrado al campo y la ciudad me resultó dura.

Después de un buen descanso nos pusimos de nuevo en marcha cruzándonos con todo tipo de animales que regresaban a sus madrigueras... en pleno día: serían búhos... En ese momento me alegré de caminar. Pasando Orense, una dura subida y luego camino embarrado hasta Oseira. Allí una veintena de niveos pastores-monje-cistercienses nos dieron hospitalidad. Recuerdo que me sentí como en casa. Recordé mi Poblet con todo lo que supone para mí, los fines de semana con mi pastor-monitor... Me alivió hasta el alma el recogimiento de aquella gran casa. Mis pezuñas se revitalizaron al contacto con lasas frías y mi espíritu hizo lo propio con los rezos y los cantos. Pero como no todo puede ser bueno Callado recibió una mala noticia y al siguiente día tuvo que dejar de caminar. Me dormí con la agri dulce sensación de que ese Camino, tan explicado por muchos, es como la vida... donde la muerte también existe aunque no nos resulte agradable.

Al siguiente día Callado se marchó y Tea, Líder y yo continuamos tras despedirnos de los pastores-cistercienses que nos acogieron como buenos hermanos hasta el final.

Era un día que olía a despedidas y a matanza del cerdo, a gris en el cielo y a verde insultante en los campos. La textura del musgo que cubre las iglesias se mezclaba con los estertores de los gorrinos y el aroma a piel chamuscada. Día de lluvia, cantando por carreteras, y de Galicia Profunda. Nos despedimos en Lalín: Tea y Líder volvían a la Gran Perrería a seguir con su vida.

Al siguiente día comencé a caminar solo aún de noche. Llovía a chuzos y estaba solo pero los solitarios



bosques de fábula cubiertos de limo y niebla no me resultaron inquietantes sino todo lo contrario: pocas veces he estado tan a gusto. Mi hocico captó enseguida el aroma del eucalipto y mi morro disfrutó la lluvia y el viento helados. El paisaje se volvía insultante en cada recodo del Camino como en el puente sobre el río Deza de negras y bravas aguas. Sin duda me sentí privilegiado por estar allí disfrutando de aquellos regalos del Gran-Padre-Lobo.

Bajé a Bandeira mojado hasta los tuétanos cantando mis eternas canciones de campamentos: "Sigues Lliure", "Vola" y "Eternitat". Aquí se juntaban mis tres pasiones: el educador de cachorros, el caminador y el animalote espiritual en su esencia. ¿Puede pedirse algo más?... ¡Pos no!

Pero al siguiente día las patas pesaban y no era por la distancia ni por el mal tiempo. Estaba raro. Cuanto más me acercaba a la meta menos ganas tenía de llegar. En el último momento, entrando ya en Santiago, bajo la intensa lluvia, sentí la fuerza que posee aquel Camino para el que tiene los sentidos abiertos. Por algún raro motivo hace más de mil años todo tipo de animalotes caminan por las mismas piedras para encontrar...

Llegué a La Catedral solo, mojado y con una sensación rara de malestar. En un primer momento nada tenía sentido. Prefería barro y hierba a oropeles y grandiosidad. ¿Qué hacía allí?. Pero rápidamente todo cobró sentido cuando mis patas iniciaron el ascenso al Camarín del Santo. El desprecio indiferente del momento de la entrada se tornó "lluvia salada" y ganas de fundirme con la Divinidad y con los rostros e historias de los míos en un emocionado abrazo.

Al siguiente día, tras el regalo de poder leer en la Misa del Animalito-Peregrino, y con una intranquila sensación de espera, bajé a la cripta de la Catedral. Y explotó todo. Hacía tiempo que no tenía una charla tan intensa con el Gran-Padre-Lobo. Y fue tan dura como lo habían llegado a ser otras... o más dura aún. En el fondo el Gran-Padre-Lobo quizá sólo escuchaba... o quizá hablaba tan bajito que fue el último rincón de mi anhelante alma quien pudo escucharle. Y le escuchó. Le escuchó sonreír y pedir una vez más que subiese a la cruz con él. Le escuchó decir: "Cachorro: si tienes fe es porque yo te quiero para Mí, con todo lo limitado que eres (y lo eres con avaricia...). Aprovecha todos los regalos que te hago en el Caminar de tu vida". Mi espíritu pedía fuerzas o abandono, sabiendo que jamás podría ni quería arrancar a aquel Padre de mí, porque hacerlo sería auto condenarme al sin sentido.

Todo yo me sentía como un gusano gimiendo entre babas y lágrimas amando una y mil veces a aquel Dios, a menudo del Silencio, que llena por completo mi vida. Recordé los ejercicios espirituales de Arbúcies, la oración ante la Cruz el Viernes Santo en Avellanes, la oración de Taizé y la imposición de manos del Hermano Roger, mi vida en las parroquias de Bonavista y Sant

Salvador, las Colonias, los Maitines y oraciones de Poblet, tantos ratos de compromiso y meditación en los tiempos de Seminario, mi Montserrat, ... Sin duda; sin duda...

Salí tranquilo y limpio de aquella extraña cripta que puede contener a quien quiera pero que para mí es la prueba más segura de la existencia de Dios y lo siento por Santo Tomás...

Volvió Callado y al siguiente día tiramos hacia el Fin de la Tierra. Era un plus, tres días tranquilos para el espíritu y más duros para el cuerpo. Por vez primera topamos con otros animales peregrinos que habían ido por otros caminos.

Las la etapa del segundo día fue larga y cansada. Pese a todo lo vivido me seguía molestando que se me mojasen las patitas con pegajoso barro claro. Pero El Camino...hubo un momento, en medio de bosques enneblinados, cerca de iglesias de granito reverdecido, en el cual resultaba tangible la magia de una tierra atávica de leyenda. Casi podía ver la Santa Compañía o cualquier Espíritu de los bosques en esta su lar. La anhelada Galicia que suena a música de gaita celta y a "Ailalás" femeninos, que huele a hierba húmeda y a niebla, que inventa seres mágicos aquí tangibles, hablaba por su esencia: la propia vida que emana de la Tierra y que configura gentes: gentes de Tierra; tan ricas y auténticas como Ella.

En Olveiroa una simpática perrita-hospitalera se deshizo en atenciones y reparó a los cuatro animalotes con una supersopa llena de todas las cosas.

Empieza el último día del inicio del Camino (que como todo el mundo sabe empieza cuando termina) con la cercana presencia del mar que perciben los sentidos. Fue una etapa difícil para el dolorido cuerpo pero al final: el infinito. Si dos días atrás mi espíritu contempló el infinito del Dios amado ahora mis ojos contemplaban el infinito del inmenso mar.

La Gran-Amiga-de-los-peregrinos-del-Fin-de-la-Tierra nos alegró con su alegría y su acogida. Tenía ganas de verla. Y el último día la vuelta a la lobera haciendo el Camino al revés y sin andar. Pero un momento en Santiago para dar las gracias a Santi y a Papá-Lobo por lo regalado y decirle: "hasta pronto, amigo".

Y llegando a casa una sorpresa: el lobo de pura raza que va a esperar...supongo que por si en medio de la noche sale algún humano. Que tal y como están últimamente son de temer...

Y aquí empezó eso que tanto animalito-peregrino va buscando o no cuando se dirige a Santiago.

Y si no fuera porque los lobos somos muy complicados y olvidamos pronto todo sería perfecto, pero...quizás esa sea la grandeza de la naturaleza lobuna: olvidar y volver a cometer errores...para tratar de repararlos...

Buen Camino.

